

que lo fué en la tierra, y, por consiguiente, que le viene conservando aquella sumisión y obediencia propia del más perfecto de todos los hijos con respecto de la más buena de todas las madres.

*Et erat subditus illis*, dice de Jesús la Sagrada Escritura, sintetizando en esta frase la obediencia del Hijo del hombre a José y a María. Luego ahora en el cielo vive Jesús siendo, respecto del Santo Patriarca y de la Madre divina, más perfectamente obediente, tanto más cuanto el estado de gracia es inferior al estado de gloria. O de otro modo, si se quiere, podremos expresar esta misma dependencia diciendo, que Jesús está hoy obligado a María cuanto exigen la naturaleza, la gracia y la gloria. La ley natural con su apretado nudo, la gracia con sus delicadezas y la gloria con su orden esencial han supuesto e impondrán eternamente la subordinación del hijo a la madre y, por consiguiente, de Cristo a María, en cuanto que ésta lo llevó en sus entrañas y lo lactó con sus pechos, sin que esto implique contradicción, con la omnipotente y soberana voluntad del Hacedor, pues si El, Jesús, se somete como el más perfecto de todos los hijos, Ella, María, manda como la más perfecta de todas las madres, y la perfección exige la transformación en Dios, y la altísima perfección de María supone desde el primer instante de su ser la más semejante transformación de Ella en El; y, por lo tanto, las manifestaciones del pensamiento y de la voluntad y de la sensibilidad en Cristo y en María son iguales, si se tiene en cuenta la diferencia de perfección de la unión hipostática a la unión maternal. Así es que la que estaba unida o mejor dicho transformada perfectamente en Dios aquí en la tierra, bien podía mandar a su Hijo, Dios y hombre, porque nada mandaría al Hijo en cuanto hombre, que no estuviera en perfecta conformidad con el Unigénito del Padre. De aquí podemos concluir que al obedecer Jesús a su Madre, se obedecía a sí mismo, o mejor, obraba conforme al plan por El mismo determinado desde toda la eternidad, de nacer de Madre para salvar al hombre caído, y María era la que